
El Amor Mejor Probado

Norberto Torcal

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7106

Título: El Amor Mejor Probado

Autor: Norberto Torcal

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de octubre de 2021

Fecha de modificación: 31 de octubre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Amor Mejor Probado

La Sra. Rosa era, sin disputa alguna, la mujer más pobre y á la vez más dichosa de todo el barrio.

Viuda desde hacía cinco años, y sin más compañía que un hijo que apenas contaba ocho, con los seis reales diarios que en el lavadero ganaba con ruda y penosa fatiga, tenía lo suficiente para atender á las necesidades de su casa y cuidar de la educación de aquel niño, que era todo su amor y felicidad en el mundo, y al que quería... como quieren todas las madres á sus hijos; es decir, un poco más, porque, sea preocupación ó realidad, yo siempre he creído que las madres pobres aman á sus hijos un poco más que las otras elegantes y ricas, y para ello me fundo en que un beso vale mucho más que un juguete, y un remiendo puesto por la propia mano de la madre á una camisa ó una chaqueta, más que el vistoso traje de terciopelo comprado en espléndido bazar.

Sea de ello lo que quiera, lo único que yo afirmo es que Rosa amaba muchísimo á su hijo, y esto nadie podría negármelo.

¿Que cómo se las arreglaba la pobre mujer para poder, con sus seis miserables reales, tener siempre su casita limpia, su vestido decente, su maceta de claveles en la ventana y su rostro de risa á todas horas?

Esto es justamente lo que yo no sabría decir, por más que de estos y parecidos milagros está llena la vida de las honradas gentes que viven de la economía y el trabajo.

Una tarde de invierno, Rosa volvió al anochecer á su casa sintiendo una grande opresión en el pecho y un dolor muy

agudo en el costado. La enfermedad la había tocado con su dedo de hielo, y la ráfaga de aire frío que por la boca se le entrara, había herido su pulmón con incurable y mortal herida.

Cinco días, sólo cinco días duró la enfermedad, que bruscamente vino á segar el tallo de su vida, dejando vacío y silencioso aquel hogar, donde hasta entonces habían reído los rayos del sol, y la alegría cantado sus vibrantes canciones, mezcladas con las risas y bulliciosa charla de la niñez simpática y alegre.

El niño lloró... como lloran todos los niños de la tierra la muprte de sus buenas madres, y todavía palpitaba en la boca de la pobre mujer el beso último del niño, cuando un Angel de Dios tomó en sus manos el alma de Rosa y comenzó á remontarlo en poderosos vuelos por los infinitos desconocidos espacios.

—¿A dónde vamos? preguntó al comenzar su ascensión misteriosa el alma de la madre.

—A la gloria, contestó el Angel. Y por su labio vagó una sonrisa dulce y pálida, como son siempre las sonrisas de los que hacen el bien á sus hermanos en la tierra sin pretender aplausos ni lisonjas.

Subiendo, subiendo por regiones resplandecientes, todas bañadas de claridad y de belleza, la buena mujer miraba á sus pies las nubes arreboladas al beso postrero del sol poniente, parecidas á espléndidos cortinajes de púrpura y oro. Su alma había perdido por completo la noción del tiempo juntamente con la memoria de todas las cosas de la vida. El pasado con sus tristezas y amarguras esfumábbase á sus ojos en la línea lejana, muy lejana, de un horizonte pálido, casi oscuro, hasta convertirse en una especie de mancha gris, en la que todos los recuerdos de su existencia perdían colores, figuras y contornos.

—¿De dónde vengo? volvió á interrogar con timidez al Angel?

—De la vida, le contestó éste continuando su viaje á través de lo desconocido, y sumergiéndose de pronto en una especie de fluido azul que por todas partes les envolvía y compenetraba, á la manera que el agua compenetra y envuelve á la esponja en las profundidades del océano.

—¿Es decir, que yo he vivido?

—¡Cómo! ¿Es posible que una hora escasa haya bastado para hacerte perder de ese modo el recuerdo de tu propia vida?

La mujer se quedó pensativa. Sin cesar de subir y subir por las alturas misteriosas, su mente iba de asombro en asombro, contemplando sobre su cabeza cada vez más grandes y más resplandecientes las estrellas; aquellas mismas estrellas que tan hermosas y pequeñitas parecíanle miradas desde abajo, cuando en las noches de verano poníase á mirar desde su ventana el cielo y pensaba interiormente: «¿Qué habrá encima de aquel lucero?... ¿Y detrás de aquel otro?... ¿Serán esas estrellas las escalas que llevan á la gloria?... ¿Pasarán por ahí las almas buenas para llegar á Dios?...»

Y era tal el iuterior contento que en presencia de tautas maravillas sentía ahora viéndolas de cerca, que instintivamente se puso á cantar, al compás cadencioso que las alas del Angel producían en la extensión ilimitada del espacio.

El Angel la miró con ternura, y volvió á sonreír, pero su sonrisa no era ya pálida, como antes, sino alegre y luminosa como rayo de sol en primavera.

—Tus cánticos de ahora me revelan que eres más dichosa que cuando vivías en la tierra, le dijo.

—¿En la tierra?

—Sí; ¿ó has olvidado también que subes de la tierra donde acabas de hacer tu peregrinación como todas las almas tus

hermanas?

—Nada recuerdo... ¿En dónde está la tierra:

—Ahí abajo; no tienes más que dejar caer una mirada, y la verás á tus piés envuelta en sus brumas y tristezas.

El alma miró hacia abajo, y en efecto, allá en el centro de los espacios, aislada y girando con rapidez vertiginosa vió la tierra, semejante á una bolita de cristal de tenues claridades, sobre la que á intervalos caían grandes masas de sombra que la envolvían en la obscuridad más espautosa. desde las alturas sublimes, en donde el Angel y el alma habíanse detenido, veían á los hombres que sobre la superficie del planeta pululaban en inceseante movimiento, chocándose y confundiéndose en todos los sentidos y direcciones, á la manera de las hormigas de un hormiguero inmenso cuando en las tardes de verano se hallan ocupadas todas en la prolja faena de arrastrar las leves provisiones con que enriquecer sus oscuros trojes y subterráneos graneros.

Y lentamente y á intervalos, atravesando las capas enrarecidas de aquella atmósfera ligera, llegaban hasta allí y herían sus oídos las voces, gritos, suspiros y lamentos de la tierra, confundidos y mezclados en un eco lejano, muy débil, muy débil y muy coníuso...

El alma de Rosa creyó en aquel instante reconocer una de aquellas voces confusas y débiles; fijó los ojos en el punto de la tierra de donde parecía que salía la voz conocida, y vió á un niño hermoso como un ángel y rubio como unas candelas que, abandonado y solo, lloraba en el dintel de la puerta de una casa cerrada, silenciosa y vacía, la perdida de su madre que acababa de morir.

—¡Mi hijo! exclamó sobresaltada.

Y cual ráfaga violenta de luz que de pronto ilumina con claridad deslumbradora los ángulos oscuros de tenebrosa estancia, la vista de aquel niño esclareció en un punto su

memoria, despertando los recuerdos todos de su vida adormecidos, sí, pero no borrados por completo.

Continuaron subiendo; á sus piés quedaban ya las estrellas fulgurantes, y subían, subían,

viendo la ventura arriba
dejando el dolor abajo,

que dijo el poeta, pero ya la mujer no cantaba ni reía, sino que al anterior regocijo y contento había sucedido una aflicción tan íntima y tan grande que el llanto se agolpaba á sus ojos.

—¿Lloras? le dijo esta vez el Angel reparando su tristeza y sus lágrimas.

—Tengo, Angel mío, una pena muy honda, respondió ella con voz entrecortada por los sollozos.

—¿No eras tan dichosa hace un instante? ¿Qué es lo que te aflige? ¿Qué deseas? Pídeme la gracia que quieras, en la seguridad de que el Señor le la concederá en premio de tus méritos.

—Si así es, Angel mío, yo te bendigo desde lo más íntimo de mi corazón, y pues tu clemencia es tanta, voy á pedirte una gracia.

—Habla...

—Quiero volver á la tierra, quijsro volver á mi vida de antes.

—¡Pobre alma! ino sabes lo que pides! ¡Cómo! ¿Es posible que quieras volver á sufrir y á ser pobre y á vivir en la oscuridad y en el trabajo por muchos años todavía, cuando el Señor quiere llevarte á descansar en su seno y á gozar de las supremas inefables delicias de la gloria?

—Quiero volver á la vida de allá abajo, sí, Angel mío. ¿Qué

me importan á mí ahora las alegrías y dulzuras del cielo si en la tierra está mi hijo que llora y tiene frío, y está abandonado y solo? Déjame, deja, Angel bendito, que yo vuelva á su lado, y vuelva á sufrir y á ser pobre, y á vivir en la obscuridad y el trabajo muchos años, muchos... hasta que pueda subir al cielo acompañada de él para siempre.

—Como lo deseas, así sea hecho. Vuelve á donde te llama tu corazón, mujer bendita... Tu cuerpo allí está todavía, en el lecho de tu casa, donde pocas horas hace lo dejaste rígido y frío; tómalo otra vez, y todo pasará como si sólo hubieras sufrido un pasajero accidente.

Y en efecto, la pobre madre volvió á la vida; y con los seis miserables reales en el lavadero ganados con harta fatiga y trabajo, siguió arreglándose las de modo que siempre tenía su casa limpia, su vestido decente, su maceta de claveles en la ventana y su cara de risa á todas horas.

